

Manta Ray + Micah P. Hinson - Sala Heineken (Madrid)

29-9-2007

El escenario es el hábitat natural de **Manta Ray**, y una sala como la Heineken una buena tribuna donde desencadenar su explosión sonora. Con un aforo no completamente lleno, la banda asturiana comenzó bastante puntual: a las ocho y cuarto ya templaba el cuarteto asturiano sus instrumentos. Un sonido punzante, con las guitarras y bajos al máximo y una percusión enérgica, impactó en cada rincón de la sala, transmitiendo un intenso concentrado de emociones. “Qué niño soy”, “Take a Look” o, ya en la parte final, “Mi Dios Mentira” sonaron potentes, ejecutadas con precisión. Con menos digresiones que en estudio, apoyados casi en exclusiva en sus dos últimos álbumes, *Estratexa* y *Torres de electricidad*, primaba la calidad técnica y la concisión. Sólo flaquearon un poco en el uso de la electrónica y los teclados, un tanto forzados, así como en algún desbarre sonoro en el punto intermedio del espectáculo, que diluyó momentáneamente el ambiente áspero y emocionante que habían conseguido crear. Terminaron tras poco más de una hora de concierto, sin siquiera un bis: se palpaba ya la expectación por el segundo artista.

Unos veinte minutos después estaba **Micah P. Hinson** sobre el escenario. Un goteo de gente había ido ocupando los huecos en la platea, que ahora estaba prácticamente llena. El cantante de Memphis se presentó solo, con dos guitarras que iría alternando. Con su inseparable gorra calada e intercalando continuamente comentarios con su cerrado acento del medio oeste, no quedaba claro si lo suyo era pose o autenticidad. En la quinta canción (“It’s Been So Long”) entró el único acompañamiento, un batería que esa noche apenas desentumeció un poco los músculos. La primera mitad de su recital puede definirse con la frase con que Hinson presentó uno de sus nuevos temas: “si no os gusta tampoco importa demasiado, porque en el álbum suena completamente diferente”. No era broma: el autor de *The Gospel of Progress* se dedicó a amagar uno tras otro algunos cortes de su discografía, reduciéndolos a su armazón básico y deteniéndolos cuando apenas empezaban a calar en el público. La voz y expresividad del intérprete eran irreprochables pero su austeridad resultaba frustrante. Se echaba en falta la presencia de una banda completa.

Mediado el espectáculo, sin embargo, de repente todo empezó a funcionar, a partir de una sentida interpretación de “Drift Off To Sleep”. Micah pareció relajarse dentro de su papel y comenzó a fluir la naturalidad y la complicidad. “Close Your Eyes” o “My Time Wasted”, en la recta final, tuvieron el aire de los momentos irrepetibles. Cuando a las once y cuarto le avisaron que debía terminar se mostró reacio a dar por concluido el concierto: me atrevería a decir que la sensación era similar entre la mayoría de asistentes. Le había costado, pero al final Micah había conseguido lo más difícil en este tipo de música en directo: transmitir su talento en una comunicación sincera con el público.

Jaime Menchén López